

EL ECO DE CARTAGENA

Jueves 22 de Marzo de 1883

A MARIA EN SU AFLIGCIÓN.

Jerusalem, Jerusalem, convertere
ad Dominum Deum tuum.
Jere mias.

¿Adonde vas, Jerusalem? ¿Adonde vas desolada? ¿Quién ha trocado la oliva de tus sienes y la palma de tus glorias por la espada eurojecida? ¿Adonde vas, ciudad ingrata? Ayer cantabas el *Hossanna* de alegría, los vitores bendían los aires, las naciones admiraban tu contento; hoy siento tu voz terrible manchada con el eco de la venganza... Ayer sonaban los himnos de tu victoria; y hoy desenfrenada, presa del furioso pueblo, vibra en los vientos el grito tumultuoso de la rabia, semejante al mar embravecido por la furia de sus espantosas olas, fuerte como el aquilón tremendo que desgaja el cedro del Líbano y la encina de Basan...

Y apareciendo en su semblante la sarcástica sonrisa del verdugo que se complace en la muerte de la víctima, abre sus labios convulsos de frenética locura, y dando salida al fuego de su reconcentrado encono —Al Gólgota dice; ¡al suplicio de Jesús!

Recorria las calles de la ciudad una mujer de pálida belleza en quien el dolor no eclipsaba la magestad... triste, como el ave á quien roban sus polluelos; débil, como planta sin rocio... sola, como lirio en el desierto. Era la Virgen de Judá, era María, la hija de Dios, la madre de Jesús... ¿Dónde está mi hijo? pregunta la madre del dolor...

Huid, Madre mía, huid... porque la iniquidad ha penetrado en el seno de Jerusalem... abandonad á la hija de Sion... el arrullo de la tórtola de los valles, se ha convertido en rugido del león hambriento

Huid, Madre mía, huid de la que como Bethel estampa, como Gala-gala fecunda en prevaricación... como Geth estéril en virtud; huid de la que en iniquidades oscurece los días de Gabaa, de la que más constante y engañosa que Ephraim, pone el cuello de sus hijos en el filo de la espada de sangriento pueblo.

¿Dónde está mi amado?... repite la madre transida de dolor.

La voz de la amargura penetra en su corazón y anuncia á María el nombre de la víctima que Jerusalem llevaba al patíbulo del Gólgota.

Y la madre estrecha sus manos de nieve, abre su seno de fuego; su corazón es ya un mar de tribulaciones... pira de llama inestinguible...

vaso donde la mano del pesar vertiera las heces de la amargura...

El tumulto crece... la agitación se aumenta... escuchad las voces de esa Jerusalem... ¿No hay salvación Madre mía, para el que es salvador del mundo?

María permanece inmóvil como una roca agitada por las olas... y cercado de sayones, rodeado de un populacho sin fe y de maldad sediento, vése á Jesús agoviado, no con el peso del madero sino con el de la iniquidad de los hombres.

Dios, cuya magestad no corona no ciedo de belleza enriquecido, adornado con una diadema de penetrantes espinas... las manos del que humilla al poderoso y exalta á los humildes, más ligadas por la resignación de su voluntad que por la fuerza; los ojos donde el cielo encendió su luz, oscurecidos con la sangre que de sus sienes descendía... pálido, lacerado por los golpes de cien sayones, escarnecido por los dictorios de un pueblo encenegado en la maldad.

Así marchaba al suplicio el que vino á libertar la especie humana, víctima de la culpa... así caminaba á la muerte el que vino á dar la vida á las generaciones que existen, á las generaciones pasadas y las que han de venir. Así le vió María... la espada del dolor penetró las entrañas que el espíritu de Dios había escogido para su morada.

La Madre contempló á su Hijo... Jesús contempló á María... la Madre traspasada por las penas de su Hijo... el Hijo traspasado con el dolor de la Madre... ¡ambos eran víctimas de la más grande espiación! Jesús sucumbiendo por la vehemencia del amor... María resistiendo la fuerza del dolor profundo... Jesús muriendo, después de haber contemplado la dura aflicción de la Madre, la Madre vi-viendo entre dolores después de haber mirado la faz ensangrentada del Hijo.

Los tribunales, los sayones, el pueblo judío, todos se mostraron insensibles á aquella escena que los ángeles no miraron por no convertir los cielos en mirada de lúgubre plegaria... Solo el hombre veía tranquilo el dolor de un Dios y la amargura de su tierna Madre; y caminando en la carrera de la iniquidad, ansioso de concluir su obra, arrastra á Jesús hasta el Gólgota, dejando á María afligida y contristada en brazos de la tribulación.

¡JERUSALEM! JERUSALEM... ¡CONVIÉRTETE A TU DIOS! Rompe el muro de bronce con que la maldad ha cerrado tus oídos... rasga el velo con que el error roba á tus ojos el brillo de la verdad... Escucha la voz de tu Dios... Detén el brazo de los verdugos, y da libertad al Salvador del hombre.

Corre, corre presurosa á mitigar el dolor de aquella Madre que dejaste sin esperanza en la calle de la Amargura... Vuélvete su alegría, su amor, su reposo y su vida; devuélvete el hijo de sus entrañas ¡Jerusalem! ¡por piedad...! que tu corazón se ablande con la súplica de la inocencia, con el eco de tantos ayes...

El aire, mensajero de las súplicas, se agita con la fuerza del aquilón... la tierra se estremece... las piedras chocan con las piedras... el cielo se cubre de negras nubes... el Sol se oscurece... y en las bóvedas del cielo retumban las últimas palabras que Jesús pronunció al exhalar su espíritu... *Consummatum est!!!*

MURIÓ JESÚS!!!

Mira Jerusalem, mira la obra de tu venganza... no abandones el Gólgota... gózate en el Delicido... En tus manos está el Cordero sin mancha como el ave del paraíso en las garras del gavilán... Sácia la sed de tu venganza bebiendo la sangre que sale de sus venas... Si aún no están satisfechas las iras de tu encono, busca á María, pon sobre su regazo de amor, de la mejor de las Madres, el cuerpo mutilado del más hermoso, del más inocente de los hijos... Si todavía quieres más víctimas, ya que has derramado la sangre del hijo, hiere, Jerusalem, si te atreves el Corazón de María.

La hija de Sion, cubre su rostro con encendido lienzo de vergüenza; su cabeza con el sayal de la ignominia; en su corazón arde el remordimiento.

Llorad, llorad, doncellas de Jerusalem... porque el fuego de los ojos del Señor despidió su postrera luz en el suplicio... Llorad, llorad llanto de Adrademon en los campos de Maddged. Llorad, habitantes de Sion como los hijos de Satham, como los mancebos de Levi, como las mujeres de Semei...

Llorad, porque el Señor trillará vuestras moradas con carros de hierro, como en Galad... y la llama de su ira caerá sobre vuestros muros, como en el circuito de Rabaá y sobre vuestros palacios como en la casa de Azael y sobre vuestro templo como en el palacio de Benadad...

¡Ah madre mía, si hubo hombres, que vieron sin dolor el suplicio de tu Hijo, ¿quién podrá contemplar sin llanto la tribulación de la Madre?

Mis lágrimas por vos rieguen la tierra... ¡ellas son el único consuelo que daros puedo en vuestra triste soledad...!

EL EQUIPO DE S. A.

LA INFANTA

DOÑA PAZ.

Tomamos de nuestro colega «El Correo», los siguientes párrafos de una carta que le dirigen reseñando

el «trousseau» de la infanta doña Paz.

En su primer salón ocupan todo un testero los magníficos juegos de cama, en que, á la finura de la tela se unen los admirables bordados de las cifras P. B. con la corona real, y los variados adornos de encaje de Valenciennes, de Malines, de Almagro y de Cataluña, reproduciendo en los bordes el dibujo bordado en los encajes; también se presenta en la misma habitación la ropa interior que nada deja que desear por lo perfecto del bordado y la variedad de formas de mucha elegancia y novedad, y dos bonitas batas ó «sautes de lit» de terciopelo de lana blanca con grandes lazos de faya y de otomana y botones de nácar.

Mención especial merecen los pañuelos; el destinado á la ceremonia nupcial, es de finísimo y rico encaje de Alencon y apenas queda sitio en el centro para el monograma P. B. primorosamente ejecutado; de igual encaje, de Valenciennes y Malinas hay otros doce de mucho valor; bordados muy bien, unos veinticuatro, y más sencillos formando artísticos paquetes seis docenas.

Los pañuelos de encaje, irán encerrados en un «sachet» ó bolsa de raso color de rosa, lujosamente adornado.

Ocupan un pequeño gabinete, los peinadores de batista con Valenciennes, encajes de Almagro, catalanes y belgas; de los llamados torchón las matinées también de batista y de cachemir blanco, azul y rosa, y los retajos de franela, bordados de seda blanca y adornados con encajes; una gran colcha de batista con grandes encajes y en el centro un escudo con las cifras, que es verdadera obra de arte y otra cubre cama no menos valioso.

En el tercer salón, están expuestos sobre mesas de peluche todo el equipo del día de boda admirablemente bordado y con riquísimos encajes; un cuerpo y enagua para el mismo día, de batista plegada, con larga traine de Valenciennes varios pares de medias de seda caladas á mano y bordadas de colores.

Las batas son verdaderos trajes de elegantísima forma; hay una de otomana color celeste, con encajes duquesa, plumas rizadas y crispón de la India; otra de encaje de Malinas, con viso de faya rosa, y otra de terciopelo de lana color crema, con encajes de lana, completa estas toilettes las cofias correspondientes de los mismos colores, y análogos adornos.

CRONICA

El Alcalde de esta ciudad Sr. Vidal Cáceres, marchó ayer á Murcia